

por una tea, vió con profunda emocion sobre una silla una manteleta de seda.

Acercóse á la cama, y en ella descansaba la señorita de la Rigaudie. No habia querido aceptar el ofrecimiento de la señora Chambaraud para no molestarla. Cansada y abatida se habia arrojado sobre el lecho, y la fiebre habia cerrado pronto sus ojos. Sus hermosos cabellos rubios formaban una sedosa almohada á su cabeza elegante y ovalada.

El primer movimiento de Sylvan al ver á la joven fué alejarse; pero sus pies permanecian instintivamente clavados en el suelo, como sus ojos fijos en el rostro de aquella mujer. Sentia latir con violencia su corazon; la sangre bullia en sus arterias, y la borrachera del amor subia á su cerebro como la más violenta de las embriagueces.

¡Hacia tanto tiempo que la amaba! ¡La habia mirado tantas veces de lejos, como una aparicion siempre deseada y siempre fugitiva! ¡Y entonces la tenia allí, podia contemplarla, oir su respiracion y observar los movimientos de su pecho al parecer oprimido!

Era una noche de verano sofocante y ardorosa. Vapores de azufre parecian brotar de la tierra y, en el cielo tempestuoso, los árboles dibujaban sombrías masas y sus cimas cargadas de electricidad destilaban en la pesada atmósfera su penetrante olor.

Sylvan Chambaraud creia volverse loco. Lágrimas nerviosas acudian á sus ojos, y uno de los sollozos que le ahogaban—sollozo no de do-

lor, sino de alegría—despertó bruscamente á la joven.

Al principio lanzó un grito de terror, pero luego se tranquilizó al ver á Chambaraud, aunque sin comprender por qué estaba allí. La emocion de aquel dia terrible turbaba todavía un poco á la señorita de la Rigaudie ¡Qué horror! Habia sentido sobre sus hombros las pesadas manos de aquellos palurdos. Habia oido voces que hablaban de ahorcarla, y aquella vision la ponía como loca y no la olvidaba hasta que se le aparecia la imágen de su libertador dispersando aquella horda que aullaba.

Sylvan habia creído que iba á despedirle y se sintió inundado de felicidad, cuando, por el contrario, le habló afectuosamente, le dió las gracias y le pidió noticias de la marquesa. Entonces, enloquecido, se acercó á la joven y, como si hubiera hablado en sueños, la confesó todos sus sufrimientos y todo su amor. Era elocuente, y su voz halló entonces notas más irresistibles y profundas. La joven se dejó arrastrar por ellas, cerrando los ojos y medio dormida como si, en el fondo de una barca, se lanzara á la aventura.

—Mañana nos separaremos,—decía Sylvan,—mañana no quedará bajo este techo más que el recuerdo de vuestro paso, el perfume de vuestros cabellos, mañana todo habrá terminado y quizás me hagais castigar por alguno de vuestra familia! ¡Pero hoy el secreto de mi amor sale á pesar mio de mis labios y puedo deciros que os amo!

Desde aquellas horas benditas y embriagadoras, Sylvan Chambaraud, nunca olvidó ni un momento, aquella noche de verano que le parecía un sueño.

Al día siguiente, la señorita de la Rigaudie abandonó, pálida y desencajada, el domicilio de Chambaraud. Volvió al castillo y se encerró en sus habitaciones, sin querer contestar á las preguntas del teniente de la guardia que hacia comparecer en aquel momento en el patio del castillo á los revoltosos. El intendente Boussac indicaba al oficial los más culpables. El teniente señor de Roulhae, y el señor Brigueil, alcalde de la ciudad, fueron de opinion que se debía ser muy severo con los revoltosos.

El señor Boussac odiaba particularmente á Sylvan Chambaraud, es más, le envidiaba. ¡El odio perdona alguna vez; la envidia, nunca! Denunció, por consiguiente, á Chambaraud como el principal instigador del motin, y los soldados fueron á prender en su casa á Sylvan y le condujeron con esposas al castillo. Al paso de aquel cortejo, los aldeanos querian apedrear á la guardia.

—Estos soldados obedecen á su consigna—les dijo Chambaraud.—¡Respetadles!

En el momento en que, empujado dentro del patio del castillo, Sylvan iba á ser interrogado por el teniente, y mientras Boussac se frotaba ya las manos de alegría, murmurando en dialecto limosino frases irónicas, presentóse la señorita de la Rigaudie, enérgica y resuelta, y en pocas palabras, defendió la causa de Chambaraud,

—El señor Chambaraud nada ha tenido que ver con el motin, al contrario—dijo la joven,—ha protegido á mi madre y me ha salvado la vida.

Su voz era breve y fuerte, pero sus ojos no se fijaron ni por un momento en Chambaraud.

Sin embargo, vuestro intendente pretende...—empezó á decir el teniente.

La señorita de la Rigaudie le interrumpió en seguida.

Ese hombre miente.

Boussac estaba furioso.

Quitaron las esposas á Sylvan y lo pusieron en libertad.

Cuando el joven se alejaba por un pasadizo que conducia á la puerta principal del castillo, la señorita de la Rigaudie le llamó. Chambaraud se detuvo.

Rosa-Emma fijó en él sus azules ojos en los que Sylvan pudo leer ira y al mismo tiempo algo parecido al miedo.

—Me habeis salvado la vida—le dijo luego,—y yo quizás os he librado de la prision ó la muerte. No me volvereis á ver más, y si sois hombre de honor, abandonaréis este país.

—¿Es una orden ó una súplica?—preguntó Chambaraud temblando.

El orgullo de la señorita de la Rigaudie se rebeló al principio ante la pregunta de aquel semi labriego, é iba á contestar: «Es una orden»; pero, por un extraño cambio de sentimientos las palabras que salieron de sus labios fueron las siguientes:

—Es una súplica.

—Entonces — dijo Chambaraud — me marcharé.

Volvió á su casa con la cabeza ardiendo, irri- tado contra sí mismo, llamándose cobarde por haber hecho aquella promesa, y jurándose, sin embargo, cumplirla.

Plantade trató, en vano, de adivinar lo que tenia su señor, y la madre de Sylvan se decia:

—Es demasiado ambicioso mi hijo y eso le perderá.

Cuando Chambaraud declaró que iba á abandonar el Limosin, casi fué para ella una satisfacción.

A cada momento temblaba por su hijo. Tenia miedo á Boussac y también á la señorita de la Rigaudié, en la que siempre pensaba Sylvan.

Chambaraud la abrazó, bebió las lágrimas, que corrían por las mejillas de la anciana y se dirigió hácia la ciudad.

Fuese de Solignac á Limoges, seguido de su fiel Plantade y preguntándose:

—¿Llegaré á olvidar?

Llevaba en su corazón, como una punzante alegría, el recuerdo de Rosa-Emma y de aquellas horas robadas á la suerte. ¿Era posible lo que habia pasado?

Fijó sus ojos, velados por las lágrimas, en la abandonada aldea, y partió á París, no como se va á la tierra de promision, sino como se va al destierro. Le parecía que cada vuelta de las ruedas del carruaje le destrozaba el corazón.

En París, Chambaraud no olvidó, pero hizo lo

posible por desechar el fantasma del pasado. Trabajaba mucho, utilizando de ese modo su ciencia. Publicaba, sin firmarlos, trabajos de agricultura ó de filosofía práctica en las casas editoriales, y además estaba lejos de ser pobre. Sus tierras de Solignac le rentaban lo suficiente para vivir con decoro en París mientras su madre vivía desahogadamente en el pueblo. Así pasaron los años. Chambaraud no habia vuelto al Limosin, y la señorita de la Rigaudié no volvió á tener noticias suyas. Sylvan cumplía su palabra.

Sin embargo, los espíritus fermentaban, acercábase el año 89, y despues de tomada la Bastilla, Chambaraud volvió á Solignac. Su madre, moribunda, le llamaba. Además, habian pasado ya nueve años y creía haber cumplido bastante su promesa.

Su llegada á Solignac fué un triunfo. Habia continuado siendo popular en aquel rincón de tierra. Ya se habia tratado de nombrarle diputado del tercer Estado la asamblea general de las tres órdenes reunidas, de las senescalías de Limoges y de Saint-Irieix. Morelieras, notario real en Solignac, le habia, hasta cierto punto, representado en aquella reunion.

En Solignac acogieron la llegada de Chambaraud como en otros tiempos recibían al gobernador de la provincia. El llegó contristado, para recoger tres días despues el último suspiro de su madre.

—Vamos, ya no me queda en el mundo nadie más que tú—dijo entonces á Plantade.

La señorita de la Rigaudie también había quedado huérfana entonces, pero tenía un consuelo ignorado de todos y saboreado por ella en silencio: tenía un hijo. Decíase en el país, si mal no recuerdan nuestros lectores, que la madre de aquel muchacho era una señorita de Berthamon que ya había muerto.

La señorita de la Rigaudie dejaba que dijese lo que se les antojara. El único ser en el mundo que había conocido ese secreto era el señor Boussac, y éste había muerto de un modo terrible, mordido por un perro rabioso.

La señorita de la Rigaudie hacía educar á Enrique como un hijo de noble raza, soñando para aquel pequeño ser un porvenir brillante y feliz; quería que aquel niño, al llegar á ser hombre, diera la razón á la antigua canción:

Vive Limoge
Pour ses beaux cavaliers!
Amour y loge
Sous les grands chataigniers!

Trataba de no pensar en Sylvan Chambaraud, á quien verdaderamente había amado, pero cuyo recuerdo la avergonzaba.

Sin embargo, por más esfuerzos que hacía, el pensamiento de aquella mujer, retrocedía en su pasado y se preguntaba á menudo, con profundo enternecimiento, si debía aborrecer ó perdonar. Inclinada unas veces á la indulgencia y otras indignándose de su propia debilidad, dejaba que el niño creciera y llevara el nombre

de su aldea, y, para acallar sus vacilaciones, y sus escrúpulos, se repetía:

—¡Más tarde, quién sabe, tal vez me decida á decirle que tiene un hijo!

Pero ya no vaciló cuando Sylvan Chambaraud volvió al país y tomó en Solignac la dirección activa del partido de la revolución.

—¡Ah, tunante!—se dijo—¡y yo que iba á compadecerle!

Viviendo sola, y obligada desde muy jóven á dirigir su vida, la señorita de la Rigaudie estaba imbuida de ciertas preocupaciones nobiliarias y al mismo tiempo inclinada á todas las ideas de progreso: era una volteriana aristócrata; pero, como principio, odiaba las revoluciones. Cuando Chambaraud fué, en 1789, á Solignac á ocuparse de los negocios públicos, le pareció que no había diferencia alguna entre él y los que habían querido ahorearla en 1780.

Desde entonces no volvió á salir de su castillo y evitó el encontrarse con Chambaraud. Hizo más: marchóse á su vez á Paris y pasaba la mayor parte del año en su hotel de los alrededores del Temple.

Chambaraud seguía su destino, entregándose en cuerpo y alma á sus conciudadanos. En el año 90 el regimiento de caballería Royal-Navarre estaba de guarnición en Limoges y se obstinaba en no quitarse la escarapela blanca. El pueblo había decidido arrancársela á los soldados, imponiéndoles la escarapela nacional. La sangre iba á correr, cuando estalló un terrible incendio en la ciudad.

Los ciudadanos trabajaron sin descanso y los oficiales y soldados del Royal-Navarre acudieron también á las bombas. Los que momentos antes se miraban con odio y desconfianza, se ayudaron luego con entera abnegacion. El peligro de todos los reconcilió y el horrible fuego pudo apagarse.

Chambaraud reclamó pocos dias despues de la municipalidad el titulo de hijos de Limoges para cada miembro del regimiento de Royal-Navarre.

—Y hé aquí como una desgracia puede convertirse en una felicidad—dijo—porque enseña á los hombres á conocerse mejor unos á otros. Todos los odios provienen de que se ignoran las cualidades de los adversarios y no se ven nunca más que sus defectos.

En 1791 fué elegido diputado provincial del departamento de la Haute-Vienne, luego procurador general sindico, y por fin, despues del 10 de agosto, Sylvan Chambaraud fué nombrado diputado de la Convencion nacional.

Cuando supo esto la señorita de la Rigaudie, más decidida que nunca á no volver á ver bajo ningun pretexto á semejante hombre, lanzó un hondo suspiro y se dijo:

—¿Quién lo habia de pensar?

En la convencion Chambaraud cumplió su deber. En 1793 le ofrecieron el ministerio del Interior, pero le rehusó, prefiriendo permanecer con Goujon en la comision de subsistencias.

Desde entonces acostumbraba á repetir amenudo esta frase:

—Roberto Lindet ha dicho la verdad de la situacion: Estamos aquí para alimentar á la Francia, no para decapitarla.

Esta frase fué su regla de conducta. Organizó, trabajó y nunca se consideró ni bastante laborioso ni bastante adicto á la Francia, ni suficiente clemente para sus conciudadanos. Lo cual no impedia que la señorita de la Rigaudie cuando pensaba en él, le llamase el *Bebedor de sangre*.

¿Pero se acordaba de él? ¿Quién sabe?

Chambaraud nunca habia olvidado aquella noche de fiebre en que habia visto que algunas veces los sueños más insensatos tienen su realizacion. Y cuando luego se retiró de los negocios públicos, y lejos del torrente, sentado pacíficamente en la orilla, pensaba en su juventud, el trágico convencional convertido por resignacion más que por temperamento en blando epicurio, se decia, que habria dado su vida entera, sus años de poder y de gloria, su dicha presente y su poder pasado, por renovar una hora de aquel momento de delicias y de desesperacion.

Algunas veces sentado delante de uno de aquellos platos que preparaba tan magistralmente Julia, Sylvan Chambaraud repetia á aquel hombre que le habia seguido siempre y que le profesaba la admiracion del correligionario y la adhesion del perro.

—Es particular, mi viejo Plantade, pero hay momentos en que hecho de menos el tiempo en que tu madre hacia cocer bajo la ceniza las cas-

tañas que saltaban tan alegremente y que se comían con tortas de alforfón!

Plantade movía la cabeza, porque sabía que aquello quería sencillamente decir:

—¡Hecho de menos el tiempo en que vivía allí abajo!

El recuerdo del pasado era profundamente amargo para Sylvan Chambaraud.

¿Por qué crueldad incomprensible aquella mujer, después de haber escuchado su súplica de amor, le había despedido sin dejarle más que la tristeza de los recuerdos? ¿Tendría remordimientos? «¡No,—se decía Chambaraud,—no tiene más que orgullo!»

—¡Ah! ¡las mujeres! ¡las mujeres!—repetía entonces á modo de muletilla.

Y todas las decepciones de su vida estaban concentradas en aquellas dos palabras.

Sylvan había amado dos cosas: un ser y una idea. Dos decepciones. La idea estaba vencida, puesto que á la república había seguido el imperio. Pensando en el emperador, el ex convencional tenía las costumbre de repetir:

—Debemos aplicarle aquel verso de Voltaire hablando de César:

Nos imprudents aieux n'ont vaincu que por lui. (1)

Respecto á la mujer amada, nunca había vuelto á dejar sospechar siquiera á Chambaraud

(1) Nuestros imprudentes abuelos no vencieron más que para él.

que existiese. El amor no había brillado para Sylvan más que como brillan los relámpagos.

La señorita de la Rigaudie sabía, no obstante, todo lo que hacía el antiguo convencional, adónde se había retirado y cómo vivía lejos de todos, siguiéndole, por decirlo así, constantemente con la vista, pero á distancia:

—No era malo ese bribón—se decía,—y no existe un hombre más honrado que ese jacobino.

Así trascurrían los días, sin que Rosa-Emma de la Rigaudie confiase á nadie el secreto del nacimiento de su hijo, y tratando de consolarse Sylvan Chambaraud de todo con los libros, los platos delicados y los dulces.

Y hé aquí por qué Julia sospechaba con razón que el señor le ocultaba algo, y por qué Plantade se callaba sobre el pasado del *ciudadano* Chambaraud.

El secreto de Sylvan Chambaraud estaba bien guardado.